

HISTORIAS DE LA TIERRA INCONTABLE



HISTORIAS DE
SIRENAS
HÁZAEEL GONZÁLEZ

¿QUIÉNES SON LAS SIRENAS?

Hay muchos mitos y muchas leyendas acerca de cómo y dónde surgieron las sirenas en la Tierra Incontable. A fin de cuentas, ¿qué es una sirena? ¿Sabe alguien realmente qué es lo que se esconde detrás de todo lo que se cuenta sobre ellas? ¿Es cierto que poseen una cola de pez y que viven en el fondo del océano, y que su tentadora belleza es comparable únicamente a su infinita sed de sangre humana? ¿Tienen fundamento todas esas historias que cuentan los marineros acerca de los barcos atacados y hundidos por ellas, o de la ciudad hecha de esmeraldas en la que habitan, o de las perlas que permiten a todo el que las lleve respirar bajo el agua?

Y sobre todo, ¿qué es lo que diferencia a una criatura de otra, más allá del color de su piel, la forma de su pecho o el tono de sus escamas?

Esta nueva novela de las Historias de la Tierra Incontable se adentra en las más recónditas corrientes oceánicas y en las playas más apartadas para tratar de arrojar algo de luz sobre unos seres que siempre han personificado la fascinación por lo desconocido y lo diferente, y nos muestra lo muy distintas (pero también muy parecidas) que pueden ser a nosotros mismos.

Sirenas, hacia vuestras grutas me arrastré.
La lengua le sacabais al mar bailando ante sus caballos.

Guillaume Apollinaire, *Lul de Faltenin*

Solo la experiencia tiene valor.
Si ciertas palabras los aproximan a esa experiencia, son palabras afortunadas y benéficas. Y si otras formulaciones, tal vez verdaderas en sí, los alejan de la realización porque los encierran en una ideología, esas son nocivas.

Arnaud Desjardins, *Bienvenidos en el Camino.*

Lo que se es según la intuición interna y lo que el Hombre parece ser subespecie aeternitatis se puede expresar solo mediante un mito. El mito es más individual y expresa la vida con mayor exactitud que la ciencia. La ciencia trabaja con conceptos de término medio que son demasiado generales para dar cuenta de la diversidad subjetiva de una vida individual.

Carl G. Jung, *Recuerdos, sueños, pensamientos.*

No hay una belleza exquisita —dice Bacon, lord de Verulam, refiriéndose con justeza a todas las formas y genera de la hermosura— sino algo de extraño en las proporciones.

Francis Bacon, citado por Edgar Allan Poe en *Ligeia.*

FLUJO

—¿Por qué lloras, Nayl?

—Lloro porque me duele.

—¿Y qué es lo que te duele?

—Me duelen viejas heridas y antiguos consuelos, y me duelen cosas que pasaron y que dejaron de pasar. Me duelen mis errores, o más bien, los errores de los míos... porque, a fin de cuentas, ¿acaso no son también míos los errores de mis hermanos?

—Sí y no... porque ellos son ellos, y tú eres tú, por mucho que, en cierta forma, todos seáis lo mismo. ¿Puedo saber qué es lo que te duele exactamente?

—¿Es cierto que fueron mis hermanos quienes crearon a las sirenas?

—¿Crees de verdad que unas criaturas tan peculiares como las sirenas pudieron ser creadas por alguien, o que tú o alguno de tus hermanos poseéis un poder semejante, niña?

—No, en absoluto... Pero he oído historias, y algunas de ellas hablan del Dios del Mar y de lo que les hizo a los que de tanto vivir en el agua acabaron abandonando su humanidad para convertirse en algo muy diferente. Y otras hablan de cómo fueron otros quienes las ayudaron a convertirse en lo que debían ser y en lo que ahora son. Y otras... otras son todavía más terribles.

—Tú has oído historias, yo he oído historias... y todos las hemos contado más de una vez, hasta que al final han tomado vida propia y ya ni siquiera necesitan que nadie las

cuenta, porque son capaces de existir por sí mismas. Por supuesto, las sirenas tienen sus propios relatos... y, por supuesto, no te los contarán a menos que deseen hacerlo.

—Pero entonces, mis hermanos...

—En aquel entonces, y en aquellas circunstancias, algunos de tus hermanos creyeron cosas que no debieron creer, y algunos de tus hermanos ayudaron en cosas que tal vez no eran necesarias... pero en todo caso, y en aquel entonces, tú y tus hermanos siempre hacíais lo que pensabais que era lo mejor. Aunque, afortunadamente, y después de lo que pasó, aprendisteis que lo que uno cree que es lo mejor para otros no siempre es precisamente lo que esos otros desean... Pero, como ya he dicho, tus hermanos hicieron lo que creyeron que era más correcto, y por eso sucedió lo que sucedió.

—¿Y... qué fue?

—Una nueva raza, y un montón de nuevos caminos.

Arnayarlys Ayrishen
(fragmento)

CRECIENTE: VELAS EN EL HORIZONTE

—¡Una vela en el horizonte!

Las cabezas de todas y cada una de las criaturas que estaban disfrutando de la luz del mediodía se alzaron al mismo tiempo, buscando con sus ojos a la que acababa de pronunciar aquellas palabras. Y no tuvieron que buscar mucho, porque quien había gritado la advertencia estaba en una de las terrazas más altas de la estrecha isla volcánica que brotaba en mitad de la soleada bahía, y su mirada permanecía fija en un punto del horizonte al que señalaba obstinadamente con el brazo extendido.

Su aspecto firme y saludable revelaba que no tenía demasiados inviernos a sus espaldas, lo mismo que la tersura de su piel, realzada por los rayos de sol que parecían entretenerse en ella haciendo brillar su cuerpo desnudo. Su enérgica postura dejaba bien claro que estaba absolutamente segura de que aquello que había llamado su atención de forma tan poderosa no era una bandada de gaviotas, ni una nube baja, ni la espuma de olas del océano, ni la estela de ningún gigantesco animal...

Por eso, su gesto era rotundo y preciso, igual que lo había sido su voz. Pero también por eso mismo su barbilla temblaba, y sus ojos se habían humedecido.

—Tranquila, *maylin* Eiliendra. ¿Dónde está esa vela?

La recién llegada le puso las manos sobre los hombros de una forma tan delicada y cálida que, lejos de asustarse aún más, la que acababa de dar el aviso se tranquilizó tan

rápidamente que incluso el temblor de sus labios cesó. Secundó con un firme movimiento de cabeza la dirección que indicaba con su aún extendido brazo. La que acababa de llegar aprovechó para abrazarla desde su espalda y apoyar el mentón en su hombro, siguiendo con los ojos la dirección que le estaban indicando.

—La veo. —Al mismo tiempo que arrugaba el entrecejo en señal de preocupación, intensificó el abrazo cariñosamente, antes de aflojarlo poco a poco—. Ve con tus hermanas, pequeña.

—¿Qué vamos a hacer, Loriann?

—Lo que debamos, pequeña. No te preocupes. —Cruzando directamente sus ojos con los de ella, le dirigió una mirada llena de cariño y le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Ve y dile a Miradalia que suba hasta aquí, por favor.

—Pero... ¿esa vela...? —Las palabras se ahogaron en su garganta sin que se atreviese a pronunciarlas del todo—. ¿Son...?

—Por ahora, sé tanto como tú. —Encogiéndose de hombros, la otra se acomodó sobre la piedra plana al tiempo que hacía un movimiento seco de cabeza hacia el mar—. Por favor.

La más joven, viendo que ciertamente no podía hacer nada más que lo que le habían pedido, se asomó a la terraza situada muy por encima de la superficie del agua, y de un único y preciso salto, se arrojó al océano sin necesidad de pensarlo.

No eran muchas las criaturas que habían llegado a contemplar alguna vez la escarpada mole pétreo que brotaba del mar justo en el centro de aquella bahía tan redondeada que parecía un lago. La isla era en realidad lo que quedaba de un antiguo volcán, y desde luego, eso mismo le habría parecido a cualquiera que hubiese podido examinarla con la suficiente atención: de forma evidentemente cónica y rematada por una cima truncada en cuyo interior había un

hueco que no todo el mundo se habría atrevido a explorar, sus faldas eran sin duda un lugar magnífico para disfrutar del sol y de la deliciosa temperatura del lugar, ya que estaban fragmentadas en terrazas naturales tan planas y tan bien distribuidas que parecía que alguien hubiese dejado caer un montón de gruesos naipes desde lo más alto de los cielos, y se hubiesen deslizado unos sobre otros para quedarse petrificados en cómodas superficies en las que cabían dos o más personas. Y así, por aquellas mismas terrazas, se podía optar por ascender caminando sin ninguna dificultad desde la superficie del mar hasta llegar incluso a la cima, pudiendo también saltar desde ellas a las olas con facilidad... siempre y cuando se supiese dónde era posible hacerlo, y cómo.

Desde luego, la joven sabía cómo, ya que su cuerpo no emitió ni el más mínimo chapoteo cuando entró en el agua a pesar de la velocidad que le había proporcionado la larga caída.

—¿Dónde está?

También desnuda y chorreando agua, la que acababa de llegar a la terraza se agachó junto a la que la joven Eiliendra había llamado Loriann. Escurriéndose su poblada melena rizada y cobriza con un vigoroso movimiento de brazos, dobló las piernas hasta agacharse a la altura de la otra y siguió con la mirada la dirección que le indicaban. Y lo que vio no le gustó.

—Esas no son velas élficas. —Loriann habló más para sí misma que para su compañera, pero lo dijo en voz alta como si necesitara confirmarlo—. En absoluto.

—En absoluto. —La otra sacudió la cabeza, volviendo a colocar la melena en su sitio y torciendo el gesto—. Además, sería extremadamente raro que los elfos se acercasen hasta Alorelinion desde el Mar Blanco, y probablemente nos habrían avisado antes.

—Entonces, eso solamente significa una cosa...

—No necesariamente. —Sin embargo, las palabras no sonaron demasiado firmes en sus labios—. Hay muchos tipos de velas en Nayrda, Loriann. Y también muchos tipos de criaturas que las usan.

—Y también espejismos, y muchas cosas de las que muchos hablan y pocos han visto, ¿no es verdad? —Loriann le dirigió una sonrisa sarcástica que la otra secundó, y estuvieron a punto de echarse a reír, aunque la seriedad de la situación hizo que volvieran a concentrarse en la línea del horizonte—. Pero eso de ahí no es un espejismo, Miradalia.

Protegiendo sus ojos de los rayos de sol con la mano, la llamada Miradalia fijó la vista en el azul del océano, conteniendo la respiración. De cuerpo más redondeado que su compañera pero también más recio, era fácil apreciar que tenía unos cuantos inviernos más que ella, y sus musculosos brazos dejaban claro que le gustaba trabajar con ellos y también utilizarlos para bailar con las olas en las noches de tormenta. Sin embargo, a Loriann nunca la habían seducido ese tipo de juegos, y su cuerpo más delgado y menudo hablaba más bien de danzas en la arena y de paseos por la playa, aunque eso no era algo que hubiera impedido la amistad de ambas. Y, por supuesto, compartir la preocupación de un hecho como aquel era algo que estaba fuera de toda duda.

—Mhmmmm... —Miradalia gruñó por lo bajo, apartándose un rizo de la cara—. Sin duda, se está acercando.

—Aún está en alta mar. ¿Crees que conocerá la bahía, o que encontrará la entrada?

—Si eso es lo que creo que es, me niego a creer que conozcan la entrada a la bahía... pero de ahí a que no puedan encontrarla, ya no estoy tan segura. Sean quienes sean, parecen saber demasiado bien lo que están haciendo.

Loriann ahogó un suspiro, consciente de que su compañera tenía toda la razón en lo que decía. Ella también se había puesto la mano sobre los ojos para protegerse del sol, y podía ver con claridad que aquella mota blanca y ma-

rrón no podía ser otra cosa que un galeón de buen tamaño, que navegaba directamente hacia donde se encontraban ahora. Y como todos los que allí habitaban, ellas sabían bien que hacía falta acercarse mucho a la costa para encontrar el paso que permitía el acceso desde el mar abierto hasta aquella cerrada bahía en la que se encontraban. Y que aquella isla no parecería otra cosa que la cumbre de una pelada montaña que en modo alguno estaría rodeada por nada que no fuera un espeso bosque lleno de desconocidas amenazas...

Pero nada de todo aquello parecía intimidar a quienquiera que pilotase la nave, porque continuaba acercándose a tierra con un ritmo lento y pausado.

—¿Qué vamos a hacer, Miradalia?

—Sobre todo, no perder la calma bajo ninguna circunstancia. —Estirando sus largas y musculosas piernas, Miradalia se puso en pie y se dio la vuelta sobre sí misma para observar las terrazas por las que acababa de ascender—. ¡Habitantes de Alorelinion, escuchadme! No necesito recordaros que somos sirenas, y que como tales debemos comportarnos, ¿de acuerdo? Así pues, lo que ahora os pido es precisamente que recordéis lo que sois y lo que dejáis de ser. ¡Protegeremos lo que es nuestro porque siempre lo hemos hecho, y ahora tenemos que hacerlo más que nunca!

No hizo falta que Miradalia reclamase la atención de nadie, puesto que a esas alturas, absolutamente todas las criaturas que allí había, tanto las desperdigadas por las terrazas como las que nadaban en el mar y que se habían dirigido hasta allí desde la playa, estaban por completo atentas a lo que sucedía en lo alto de la isla. Por eso, no hubo ninguna explosión de gritos, porque todas y cada una de ellas eran muy conscientes de que lo que menos les convenía en aquellos momentos confusos era llamar la atención. Así que lo único que hicieron las sirenas del Este fue levantar los puños al cielo para demostrar que habían entendido el mensaje y que sabían bien lo que había tras aquellas pa-

labras. Desde lo alto de la plataforma en la que estaba subida, Miradalia sonrió satisfecha y, agitando los brazos como si fuese un alga marina, señaló primero a la larga playa de la bahía y después a la superficie del océano que había a sus pies. Rápidamente, como si fueran disciplinadas hormigas, las sirenas comenzaron a moverse.

—Ve tú también, querida. —Volviéndose hacia Loriann, Miradalia le dedicó una profunda sonrisa, aunque un relámpago pareció cruzar por sus ojos y extendió la mano para detenerla—. Espera... alguien tiene que avisar a la reina, y necesito que seas tú.

—¿Yo? —Visiblemente incómoda, la sirena miró a su alrededor como si buscara a alguien más que pudiera cumplir tan desconcertante encargo—. Pero...

—Debo quedarme aquí, pase lo que pase. —Con una sonrisa cargada de ternura, Miradalia le puso las manos sobre los hombros y la miró directamente a los ojos—. No me fío de nadie más para semejante cometido... y lo mismo puedo decir respecto al hecho de avisar a la reina. Si estoy aquí, sé que verá lo que yo vea cuando llegue... y si tú vas a buscarla, sé que llegará cuanto antes.

—No sé si me honras o me desprecias. —Loriann suspiró con desgana, aunque su sonrisa mostraba a las claras que estaba bromeando, y cuando le devolvió a su compañera el gesto de ternura y la mirada, lo hizo con firmeza—. ¿Alguna idea de dónde está?

—La última vez que la vi se dirigía hacia el volcán. —Miradalia ladeó la cabeza, indicando vagamente una dirección que a la otra le era familiar—. Ojalá siga allí, porque si esto es lo que creo que es...

—No digas eso, *maylin*. —Loriann deslizó sus manos desde los hombros de su compañera, dejándolas llegar hasta su espalda y acercándose más a su cuerpo—. No digas nada...

Las dos criaturas se fundieron en un tierno abrazo, y sin necesidad de pensarlo, se besaron.

Durante un único instante, no existió absolutamente nada más para ellas, tal y como debía ser... pero al cabo de muy poco tiempo, la realidad se impuso, y como si ambas lo hubiesen pensado al mismo tiempo, las dos comenzaron a separarse poco a poco sin dejar de mirarse a los ojos. No hicieron falta más palabras, por lo que la sirena llamada Lorianne retrocedió hasta el borde de la plataforma de piedra y, agitando la mano en un gesto de vaga despedida, se dejó caer hacia el océano.

Miradalia aún tuvo tiempo de contemplar cómo su amiga recuperaba la cola justo antes de atravesar la superficie del agua, por lo que, aprovechando el movimiento y deslizando por la corriente con habilidad, la sirena se desplazó hacia la playa con la velocidad de una flecha plateada sin necesidad de dar demasiados coletazos. Sin que Lorianne pudiese verlo, concentrada como estaba en su carrera hacia la arena, la que se quedaba en la plataforma le envió un beso de despedida con la mano, antes de acomodarse y fijar la vista en aquella mancha que avanzaba con tenacidad y que era indudablemente un barco, con el aparejo bien dispuesto y aprovechando un viento de cola que lo llevaba directamente hacia aquel lugar...

Un barco, sin duda, humano.

Pasándose la mano por el pelo y suspirando casi en silencio, la sirena llamada Miradalia extendió sus largas y musculosas piernas y disfrutó de la caricia del sol, estirándose y esperando los acontecimientos que pudieran ocurrir, y permitiéndose el lujo de pronunciar en voz alta una única y concisa frase:

—Maldita sea... Una jornada que empezaba tan bien...

I. MAREA VIVA DE CONJUNCIÓN: DONDE TODO ES.

Primera ola: Shelnarshim, el Dorado Este

Shelnarshim, el Dorado Este.

Queridísimas hermanas:

Esta misma mañana, una de mis pupilas ha tenido la delicadeza de dirigirse a mí con la misiva que os adjunto y en la que, amparada por su tierna juventud, ha tenido el maravilloso atrevimiento de expresar lo que tal vez nosotras mismas, las reinas sireneas, deberíamos haber planteado de forma igual de directa a quienes nos han acompañado y acompañan en este viaje que comenzó hace ya tanto.

Por eso mismo, me tomo la libertad de enviaros la presente junto con la hermosa proposición de mi pupila, que por supuesto dispone de todo mi beneplácito. Sabéis bien por los lazos de sangre que nos unen a las cuatro que en modo alguno quisiera enfadar a ninguna de vosotras, o peor aún, faltaros al respeto de ninguna manera, por lo que espero y deseo que os lo toméis como un regalo por mi parte y como una oportunidad que tal vez sería deseable aprovechar.

Deseándoos unas felices olas y enviándoos los abrazos más sinceros y llenos de Aniił que pueda haber, me despido de vosotras esperando que lo consideréis y me hagáis llegar la respuesta por los medios habituales.

Vuestra hermana,

La Reina de las Sirenas del Este.

—Y estas, queridas mías, son las últimas palabras de la lección de esta marea. Agradecedle al océano quiénes somos, disfrutando de su existencia.

De todos los momentos que había en las lecciones que impartía, aquel era sin duda el que más le gustaba. Porque lejos de responder con elaboradas fórmulas de cortesía o de conservar en sus rostros las expresiones pétreas o disciplinadas que mostraban en otros instantes de la jornada, las jóvenes criaturas que hasta ese instante habían estado pendientes de cada una de sus palabras estallaban en gritos de júbilo y satisfacción, liberadas ya de la que era la única de las obligaciones impuestas que tendrían durante el resto de su existencia.

—¡Esta mañana ha habido buenas olas, así que seguro que se han desenterrado un montón de conchas nuevas en la Pared de Cristal! ¡Vamos!

—¡Oh, no! ¡Yo prefiero hacer una carrera de delfines! ¿Quién se apunta?

—¡De acuerdo, pero tú serás el delfín!

—¡Eh, yo lo he dicho primero!

—¡El que antes llegue a la Pared de Cristal será el jinete!

—¿Serás bobo? ¡La Pared está demasiado lejos como para hacer una carrera!

—¡Entonces, hagamos la carrera hasta allí! ¡Nueva regla: gana quien se mantenga más tiempo sobre su delfín! ¡Vamos allá!

—¡Eh, yo no estoy de acuerdo con esa regla! ¡Prefiero que gane quien haga la figura más elegante!

—¡Estoy de acuerdo contigo!

—¡Pues peor para vosotras, porque la carrera ya ha empezado!

—¡Nueva regla: ganará quien llegue el último!

—¡Las nuevas reglas invalidan todas las anteriores! ¿Queréis montar de una vez?